

dre: la humildad, la obediencia y la oración. Alejad de nosotros el espíritu de soberbia; haced que siempre cumplamos la voluntad de Dios, y obtenednos del Padre celestial los preciosos dones del recogimiento y de la oración.



## CAPÍTULO IX

El taller de Señor san José.

### I

**E**NTREMOS en el taller de José, donde hallaremos á nuestro amadísimo Jesús trabajando en compañía de su Padre putativo. Mucho tendremos que aprender. Trataremos en este capítulo del trabajo al que todos tenemos que dedicarnos y que es preciso animar del espíritu cristiano, si queremos que nos sea de provecho no solamente para los intereses de la vida presente, sino también para los de la vida eterna.

Todo trabajo nos indica ó una molestia, ó un esfuerzo, ó una dificultad que tiene que superarse, ó todo esto á la vez; y el trabajo está impuesto á todos los hombres: Comerás el pan con el sudor de tu rostro.

En la necesidad del trabajo descubrimos el castigo de un crimen primitivo, de la prevaricación de nuestros primeros padres. Adán, después de ha-

ber quebrantado el precepto del Señor, escuchó estas palabras: porque oíste la voz de tu esposa, y porque comiste del fruto del árbol que se te había prohibido, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Te producirá espinas y abrojos... y comerás el pan mediante el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado.

A la mujer dijo Dios lo siguiente: Multiplicaré tus trabajos y miserias: con dolor darás á luz á tus hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará (1).

Tenemos, pues, que ver en la necesidad del trabajo una pena impuesta por Dios nuestro Señor por el pecado; pena que debe recibirse con humilde y amorosa sumisión, y dirigiéndolo á un fin verdaderamente digno del hombre.

Si el trabajo nos proporciona comodidad y descanso, si es un medio para vivir y aun para disfrutar de los bienes de la vida, con todo eso no puede aceptarse esta máxima: tenemos que trabajar para gozar.

Trabajar para gozar es reducir las necesidades del hombre á la vida animal, sin tener en cuenta para nada la conciencia y el deber. ¿En dónde hallaremos la nobleza en el sacrificio, ó en la privación de los placeres, si todo hay que consagrarlo á estos mismos? De esta manera el trabajo humilla y degrada; mas no cuando lo vemos como una ley

(1) Gen., III, 16-19.

que se encamina á perfeccionar nuestra existencia, que vigoriza el cuerpo en vez de consumirlo, y descubre á nuestra inteligencia nuevas verdades, útiles sobre manera á nuestra vida práctica.

Hemos de trabajar porque es nuestro deber; esto es digno del hombre; porque entonces no se sujeta á un yugo ominoso, como es el que impone aquella máxima: trabajemos para gozar, que lo hace esclavo del placer, que enerva todas sus energías.

Es un deber el trabajar; mas ¿qué provecho podremos sacar del trabajo que de esta manera emprendemos? Con él podemos reparar nuestras faltas al aceptarlo de la mano de Dios nuestro Señor, bendiciendo su adorable justicia, y pidiendo á su bondad que se digne perdonarnos.

La santidad del trabajo cristiano, vuelve á las existencias gastadas en el vicio, su perdida energía. Muchos, en efecto, después de sus desórdenes, instruidos por el trabajo, van descubriendo paulatinamente la degradación del vicio y sus tristes consecuencias, y movidos entonces por la gracia, dan lugar al arrepentimiento. Y el trabajo que ha podido conducirlos á este punto, enséñales á ofrecerlo á Dios como una expiación de sus culpas; y como nada acepta Dios sino mediante los méritos de Jesucristo, el trabajo les dice también: Unidme á la Pasión y méritos del divino Redentor, y seré aceptable á los ojos del Eterno.

El trabajo cristiano nos hace pensar en Jesús: El trabajó en el taller de José y en compañía de este su padre putativo. ¿No sería nuestra gloria trabajar en honor del castísimo Patriarca, y en

compañía de Jesús? Uno y otro se fatigan, sudan en el trabajo; y siempre llenos de alegría, bendicen la santa voluntad de Dios.

Si pensásemos en esto siquiera un instante, ¿veríamos en el trabajo como una carga insoportable? ¿se apoderaría de nosotros la impaciencia, ó saldrían de nuestros labios palabras llenas de furor, como pasa con frecuencia?

No era así como trabajaba el gran José: tenía su pensamiento en Dios, y trabajaba porque Dios así lo quería, y ofrecía sus trabajos á gloria del Eterno. ¡Cuán lejos estamos de imitar á este santísimo Patriarca!

Tenemos necesidad de trabajar; convirtamos en virtud la necesidad á que nos referimos; aceptando con bendición y acción de gracias, el castigo que Dios nos ha impuesto en el trabajo, y ofreciéndolo á Dios en unión de los méritos de Jesucristo, poniendo en El nuestras miradas é implorando el auxilio de su gracia.

Contemplemos asimismo la hermosa figura de José: trabaja en compañía de su hijo putativo; mas ¿cómo lo hace? no ignora que Jesús es el Criador de los cielos y la tierra, que su majestad es infinita, y que Él es quien decía: El Señor me tuvo al principio de sus obras... Cuando El extendía los cielos, estaba yo presente... Con El estaba yo disponiendo todas las cosas (1). Yo hice nacer la luz indeficiente... Yo solo hice todo el giro del cielo y penetré en las profundidades del abismo, me paseé

(1) Prov., VIII, 22, 27, 30.

por las olas del mar, y puse mis pies en todas las partes de la tierra, y en todos los pueblos, y en todas las naciones tuve supremo dominio (1).

José trabajaba delante de Jesús; así también debemos hacerlo nosotros.

La presencia de Jesús llenaba el corazón del santísimo Patriarca de luz y de amor. La majestad del Hijo de Dios le infundía un profundísimo respeto. Aquel Niño era ciertamente su hijo putativo; mas era el Unigénito de Dios. El asombro casi embarga á nuestro Santo; mas es indispensable cumplir la voluntad divina; y José trabaja sin olvidar que se halla en la presencia de Dios, con una humildad profundísima, y ejecutando lo que Dios le inspira.

El Hijo de Dios se sujeta voluntariamente á su padre putativo, y José le hace trabajar en su compañía. Así honra Dios á su amadísimo siervo. Esta dignación y este favor singularísimos, son para José motivos de un inmenso gozo, y le ligan con Jesús con nuevos vínculos de amor. ¡Qué compañía tan llena de encanto y de delicias, la de aquel precioso Niño que obligaba á tal extremo la gratitud de su padre putativo! ¿Por ventura sentiría José el peso del trabajo?

El Niño le inspiraba una dulce y amorosa confianza: cumple cuanto José le dispone, y le obedece con tanta prontitud y buena voluntad, cual si no pensase en otra cosa, y como si no fuese quien es, el Rey del cielo y de la tierra.

(1) Eccli., XXIV, 6-10.

José aprendía del Niño la más elevada perfección de la virtud; y si le indica, si le manda que haga alguna cosa, siempre lo hace sin olvidar la grandeza de Jesús, y teniendo presente que es nada delante de su Hijo putativo; así se lo dice la humildad, así lo siente en el fondo de su alma, y así lo descubre en todas sus acciones.

José trabaja en la presencia de Jesús, y así debemos hacerlo nosotros; y ¿cómo? Pensando en Él y conservando en la memoria su recuerdo. El Hijo de Dios tiene sobre nosotros sus miradas, y cerca está de nosotros cuando trabajamos, y está dispuesto á darnos el auxilio de su gracia. Si le pedimos luz, alumbrará nuestros ojos; si fortaleza, nos llenará de vigor; y si nos llega á faltar la paciencia, nos hará recordar lo que sufrió por nosotros.

Trabajemos en la presencia de Jesús; y entonces el trabajo que Dios nos ha impuesto como pena del pecado, será para nosotros un motivo de indecible gozo. Jesús trabajó, y sin embargo, ni comió ni pudo cometer el pecado; y si quiso trabajar, fué para darnos aliento y consuelo; lo hizo porque fué el Redentor de los hombres, y para dignificar nuestro trabajo y hacerlo agradable á los ojos del Padre celestial.

Trabajemos en la presencia de Jesús como lo hacía José; y nunca olvidemos la circunspección y la modestia cristianas, porque estamos delante del Señor, que ha de premiar lo bueno que hagamos, y que castigará, sin duda, los defectos que descubra en nuestras obras.

También gozaremos en el trabajo, como José gozaba, si procuramos imitarle en su conducta. El meditaba en la humildad de Dios hecho hombre, que le inclinó á trabajar en el pobre taller de su padre putativo; y en esto descubría una condescendencia amorosísima y llena de dulzura, que le inspiraba la más tierna confianza, y le hacía amarle con mayor cariño. ¿Quién podrá decirnos cuántas fueron las palabras de amor y de ternura que, durante las horas del trabajo, dirigió á su Hijo, y los afectos purísimos y santos con que recreaba el corazón del Hijo del Eterno, que con él trabajaba con una benignidad amorosísima y que nadie puede comprender?

Si como José al trabajar nos ocupamos en santos pensamientos y amorosos afectos, también como él gozaremos de delicias verdaderamente celestiales; mas ¡ay dolor! que nada de esto hacemos; y muchas veces el pensamiento y el amor de Jesús están lejos nosotros cuando trabajamos; si queremos remediar este mal, pongamos los ojos en el santísimo Patriarca, y pidámosle que nos alcance de Dios nuestro Señor el espíritu que le animaba en su taller de Nazaret.

## II

La sublime enseñanza que acerca de la práctica del trabajo nos da el santísimo Patriarca, no se limita á determinada clase de personas, sino que se extiende á todas. El pobre y el rico, el comer-

ciante y el labrador, el justo y el que no lo es, todos pueden aprender esa ciencia que acaso ignoraban, el trabajar en la presencia de Dios. A todos dice nuestro Santo: No olvidéis que estáis delante del Eterno, santificad vuestro trabajo para que Dios os recompense. Sois pobres, acordaos que Dios lo fué por vuestro amor y para enriqueceros con su santísima pobreza; trabajad, mas no envidiéis á los ricos.

A los opulentos, José les dice: No queráis atesorar sobre la tierra; huid de la avaricia; poned vuestros tesoros en el cielo; sed misericordiosos con los pobres; en el cielo vuestras riquezas durarán para siempre, lo que no tendrá lugar en este mundo.

A los justos enseña el gran Patriarca un camino más elevado y de mayor perfección en su propio ejemplo; y exhorta á los pecadores á santificar el trabajo aceptándolo como un castigo lleno de misericordia, que Dios les ha impuesto á fin de que se humillen y reconozcan la gravedad de sus culpas.

Habla José á los sabios y á los ignorantes: á estos últimos les enseña á practicar la sencillez cristiana; y descubre á los primeros la inutilidad de sus trabajos, de sus progresos en la ciencia, si el pensamiento de Dios no los dirige y los modera en todas sus aspiraciones.

Así es como enseña á todo el mundo, el humilde artesano de Nazaret, el castísimo Patriarca, que á su vez fué enseñado por su Hijo adoptivo Jesucristo nuestro Señor.

¿Ya no tendrá que decirnos otra cosa sobre el trabajo, nuestro querido Santo? El trabaja en la presencia de Dios; trabaja por Dios y para Dios. —Dios le ha confiado á su divino Hijo nuestro Señor Jesucristo, y José tiene que atender á todas las necesidades de Aquel que ha recibido por hijo adoptivo; y en esto emplea todas sus energías, sus pensamientos y amores.

El trabajo le inspira y le manda la obediencia, mas una obediencia llena de encantos y delicias, no sólo en razón de su origen, la voluntad de Dios á quien alaba toda lengua y á quien se dobla toda rodilla, sino además por su objeto divino: el Hijo del Eterno á quien ama José con todo su cariño.

José trabaja por Dios y para Dios; porque sustenta á Jesucristo que vino al mundo para dar gloria al Padre celestial. Por esto todos los trabajos de José tienen un fin elevadísimo: la gloria de Dios en el mundo, mediante el misterio de la Encarnación. José no lo ignora, y por esto su santidad en el trabajo se eleva cada día á una altura en verdad admirable, y que Dios mismo le ha señalado en razón del ministerio que le había confiado, el de padre nutricio de Jesús.

Preguntamos ahora: ¿cómo podemos aprovecharnos de la sublime enseñanza de José? trabajando, como él, por Dios y para Dios. Antes que nosotros y en todo y sobre todo, es Dios; por esto al trabajar, ha de ser nuestro primer objeto la divina gloria; y cuanto más adelantemos en esta preferencia, será mayor nuestro progreso en

la virtud. Siempre irá delante de nosotros y á gran distancia el castísimo Patriarca; mas, con todo, sigámosle con denodado esfuerzo, ya que con su ejemplo nos anima, y con su santo patrocinio nos alcanza la divina gracia.

José obedecía á Dios y cuidaba de Jesús; así tenemos que hacerlo nosotros. Dios nos ha impuesto el precepto del trabajo; tiene derecho para hacerlo, porque es nuestro Criador; mas, aun prescindiendo del supremo dominio que le corresponde sobre las criaturas, su bondad divina hará que cumplamos sus preceptos con un corazón lleno de alegría. Su bondad nos liga con El con los lazos de un amor sagrado; y ¿quién no se llena de contento al cumplir la voluntad de Aquel á quien adora, á quien ama con toda su ternura?

No es extraño que, poseídos de tales sentimientos, procuremos siempre con empeño saber cuál es la voluntad de Dios, qué es lo que nos manda, á fin de cumplirlo sin tardanza. Si no conocemos esa voluntad sagrada, la turbación se apodera de nosotros, nos cubren las tinieblas, y á fin de evitar una desgracia, tenemos que decir á Dios: Señor, ¿qué quieres que haga? Enséñame á cumplir tu voluntad. Y la obediencia entonces nos la muestra diciendo: trabajad; mas trabajad por Dios y para Dios; procurad en todo la divina gloria. Y bendecimos la obediencia, y le damos gracias, y la abrazamos con todo el corazón; porque es para nosotros luz purísima del cielo que ilumina nuestras sendas, vida y fortaleza, paz de nuestras almas y manantial inagotable de delicias.

¡Ay de nosotros, si la obediencia no nos dijese cuál es la voluntad de Dios! Caminaríamos por sendas extraviadas; y la ignorancia y el pecado formarían nuestro cortejo; caminaríamos sin consuelo; porque de nosotros mismos no hay que esperar sino miserias y extravíos, y toda desventura.

Trabajemos por Dios y para Dios, y consagremos nuestra vida al servicio de Jesús, ya que ésta es la enseñanza que hemos recibido del santísimo Patriarca. El cuidaba de Jesús y socorría en todas sus necesidades al divino Niño; José le alimentaba y le vestía, y le tenía consigo á fin de servirle en todas ocasiones.

Imitemos la conducta de José: alimentemos á Jesús en sus pobres, ya que el buen Jesús los ha dejado en su lugar; y lo que hiciéremos con ellos, lo haremos con el Hijo de Dios. No olvidemos estas palabras divinas: Parte tu pan con el hambriento, y acoge en tu casa á los pobres y á los que no tienen casa, viste al desnudo, y no desprecies tu propia carne. Si esto haces, amanecerá tu luz como la aurora, y llegará presto tu curación, y delante de ti irá tu justicia; y la gloria del Señor te acogerá en su seno... Cuando abrieres tus entrañas para socorrer al hambriento, y consolares al alma angustiada, brillará para ti la luz en las tinieblas, y las tinieblas se convertirán en claridad de mediodía (1).

¡Oh, si tuviésemos una fe muy grande! halla-

(1) Isai., LVIII, 7, 8, 10.

ríamos en el socorro de los pobres, consuelos y delicias inefables; y al dar limosna, veríamos á Jesús delante de nosotros que extendía su mano sacrosanta para recibirla; y sin duda besaríamos esa mano regándola con lágrimas de amor; y entre tanto el castísimo Patriarca nos daría la gracia por el socorro ministrado á su Hijo putativo.

Otro tanto tenemos que decir de la sensible y amorosa Madre de Jesús, y sus miradas caerían sobre nosotros cual fecundante lluvia de gracias celestiales.

En el taller del castísimo Patriarca también se nos enseña á huir la ociosidad, y á ser diligentes en el trabajo.

José no está mano sobre mano, sino que se ocupa en los quehaceres propios de su oficio. No ignoraba el santo Patriarca que la ociosidad es maestra de muchos vicios, y que es sumamente necio quien se entrega al ocio, que tendrá por resultado la miseria (1).

Era José diligente en el trabajo, porque en él servía al Señor, y Dios maldice al que es negligente en su servicio. José le servía con amor y lleno de gozo, porque al trabajar cumplía la voluntad de Dios, y tenían sus trabajos por objeto sustentar al Hijo de Dios y á su divina Madre.

Si evitaba José la ociosidad, si trabajaba por altísimos fines, jamás le abandonaba la sobriedad en el trabajo; porque no trabajaba para atesorar

(1) Eccli., XXXIII, 29.—Prov., XII, 11.—XXVIII, 19.

riquezas, ni para vivir en la opulencia, sino para cubrir las necesidades de la santa Familia que el Señor le había confiado.

El avaro ocupa su inteligencia sin descanso en los negocios de la tierra, y hace cuanto puede por enriquecerse; y día y noche se consagra á su trabajo que le consume y destruye. No ha levantado sus ojos al cielo y nunca recuerda esta parábola del divino Maestro: Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad; y discurría consigo, diciendo: ¿Qué haré que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos?

Al fin dijo: Haré esto: derribaré mis graneros, y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo que diré á mi alma: ¡Oh alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe, y date buena vida.

Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de ti la entrega de tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado?

Esto es lo que sucede, concluyó Jesús, al que atesora para sí y no es rico á los ojos de Dios (1). No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, dijo otra vez Jesucristo; en la tierra el orín y la polilla los consumen, y los ladrones los desentieran y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo: donde no hay orín ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben. Porque donde está tu

(1) Luc., XII, 16-21.

tesoro allí está también tu corazón (1). Tal es el secreto que **impulsa** al avaro á trabajar sin descanso: su tesoro son las riquezas y en éstas tiene el corazón. **Sin** embargo, las riquezas jamás le dejarán satisfecho; porque el avariento jamás se saciará de **dinero**, y quien ama las riquezas, ningún fruto sacará **de** ellas (2); al aumentar el dinero, con éste **aumentará** el amor que se le tiene. No olvidemos, **pues**, las siguientes palabras del Apóstol: Nada **hemos** traído á este mundo; y nada podremos **llevarnos**. Estemos satisfechos con tener que comer y **con** que cubrirnos; porque los que pretenden **enriquecerse**, caen en tentación y en el lazo del **diablo**, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, **que** hunden á los hombres en el abismo de la **muerte** y de la perdición; porque la avaricia es la **raíz** de todos los males; y arrastrados de ella **algunos** se desviaron de la fe y se sujetaron á muchas **penas** (3).

Es por **tanto**, indispensable, si queremos que nuestro **trabajo** nos sirva para el cielo, huir la ociosidad, **trabajar** con diligencia, desechando la pereza que **enerva** nuestras fuerzas, y guardar la sobriedad **cristiana**.

Por lo **demás**, no hay que envidiar á los ricos sus tesoros, **ni** la elevada posición de que disfrutaban en la **sociedad**, ni el descanso habitual en que muchos **viven**; **ya** que á pesar de su opulencia no

(1) Matth., VI, 19-21.

(2) Eccles., V, 9.

(3) I Tim., VI, 7-10.

tienen la paz de que gozan los pobres, de quienes dijo el apóstol Santiago: ¿No es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo, para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á quien le ama? (1). Tan hermosa y rica bendición no corresponde al opulento, sino al pobre que pone en Dios su esperanza y le bendice por la humilde condición en que le tiene.

Si queremos ejemplos de lo que acabamos de decir, pongamos los ojos en el castísimo Patriarca. Dios le colmó de gracias y dones celestiales, le amó con singular cariño; y sin embargo fué José un humilde carpintero.

Si esto no nos basta, recordemos que el Hijo de Dios trabajó con José en el taller de Nazaret. Tendrán, pues, los ricos que confesar que, con preferencia á ellos mismos, Dios ha elegido á los pobres; y éstos en vez de avergonzarse de su condición tan despreciable á los ojos de los hombres, estarán muy contentos de que el Hijo de Dios y su padre putativo, tengan con ellos una semejanza que no fué concedida á los ricos, ni á los poderosos, ni á los grandes del mundo.

Oh José santísimo, enseñadnos á trabajar por Dios nuestro Señor, como vos lo hacíais, teniendo siempre delante de nosotros á Jesús y trabajando para ganar el cielo. Haced que imitemos el ejemplo que en esto nos disteis, y así lo haremos si nunca olvidamos á Jesús, si consagramos nuestros trabajos á su gloria, y si vos os dignáis ayudar-

(1) Jac., II, 5.



nos. Haced que bendigamos al Señor á la hora en que estemos trabajando; que elevemos á El nuestros afectos; y unid al trabajo de Jesús y al nuestro todo lo que hagamos en la vida. Enseñad al pobre y al rico, al ignorante y al sabio, al pecador y al justo, y rogad por todos vuestros hijos.



## CAPÍTULO X

El Tránsito del santísimo Patriarca Señor san José.—Su santa expectación en el Seno de Abraham.

### I

**Q**UERÉIS saber cómo mueren los santos, y cuáles son las disposiciones con que esperan la muerte? Dirigíos á la Santa Casa de Nazaret y entrad en el aposento de José: ¿qué veis allí? Al padre putativo del Hijo de Dios y esposo de María. Ha llegado la última hora de su vida, y dentro de pocos instantes, su alma dichosísima será llevada por los ángeles al Seno de Abraham.

¿A quiénes veis en el aposento de José? A Jesús y á María. ¿Quién los ha llevado allí? El deber, la gratitud y el amor.

Un hijo debe honrar á sus padres y no puede abandonarlos en sus últimos momentos; por esto Jesús que vino á cumplir la ley y á darnos ejemplo de toda virtud, tenía que estar presente á la dichosa muerte de su padre putativo.